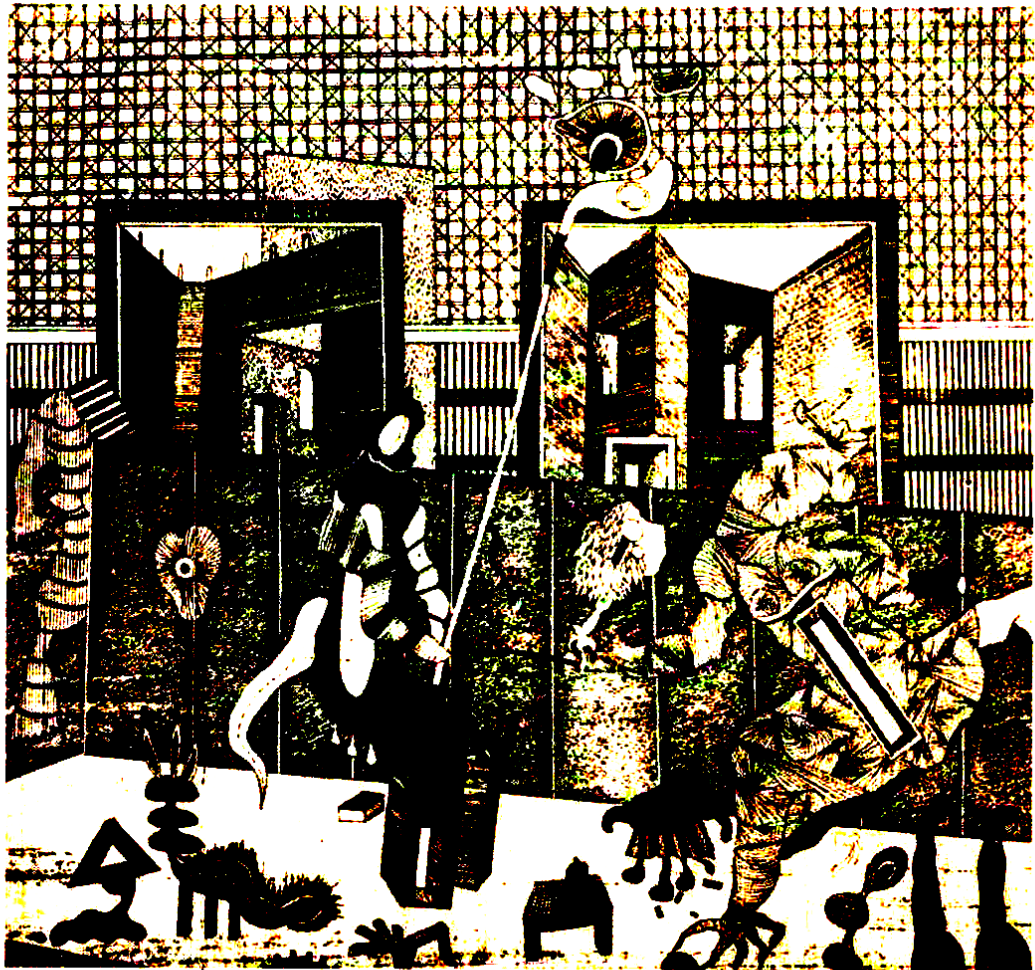


ESTUPOR

*Rodolfo Privitera*

136



Ahora estás junto a la elegida combinás su pierna izquierda con tu derecha el bamboleo de su cuerpo y te gusta, te gustan sus piernas y la manera de mover sus caderas, recorrés lentamente la raya de su media hasta el tobillo saltás al otro y subís con la misma lentitud hasta el borde de la pollera sin dejar de pensar en la posibilidad de que acceda, le agregás el nombre preferido; sin embargo tu obsesión por aquellos años te hizo desistir y volviste al principio. Estás bastante cerca y comienza tu palidez y el tic del labio inferior. Mirás por si algún vigilante. Esperás un claro para el side-steap. Esa mano derecha que te enseñaron a sacar está rígida a tu costado, te confundís, el olor más o menos a lavanda los ojos fijos y el tirón. Atropellás a la gente en tu necesidad de aspirar aire por la boca hasta el edificio elegido de antemano y parás en los baños del décimo sin sentir el esfuerzo e iniciás el cambio. Te sacás piloto te ponés perramus, otro peinado frente al espejo y la larguísima meada en el mingitorio.

Te recupero en la calle caminando con cierta serenidad y tu pipa y tu plata en el bolsillo que vas tanteando en la marcha. La plaza Congreso fue tu primer descanso para relajar el cuerpo y hasta cerrás los ojos. Guardar la pipa en el bolsillo del saco verde-gris y espigado e intentás el recuerdo con medio cuerpo, el día del regalo, la casa de ella y la troupe, ella y vos en el centro saboreando las empanadas que hacían especialmente con tus indicaciones. Caían de a tres o cuatro en la bandeja y las devorabas mientras sonreías al pueblo. Te lo probaste y ella fue clavando los alfileres en los lugares justos para la modificación frente al espejo de la pieza y distes el visto bueno y un beso sin preocuparte mucho por los tíos severos de Lanús y el cuñado bancario.

137

Lentamente te recuperaban aún sin abrir los ojos y con la cabeza en el respaldo del asiento. Es inútil resistir mientras tu mano urgaba en el fondo del bolsillo para sacar la plata y contarla reponiéndote casi totalmente del cansancio y reiterás para comprobar y entonces sí, comenzaste a sonreír hasta la carcajada sin darle mayor importancia a los viejos jubilados que estaban a tu derecha. Decidiste un taxi para estirar las piernas y encender un Lucky mirar la multitud por la ventanilla y vengarte. Entrar en una nueva ensoñación y verlo tirado en la cama dejándose morir con la cara rota sin buscar quien lo asista dentro de esa pieza húmeda con olor a pie y sin ventana y el revólver en la nuca sin escuchar a los vecinos de buena voluntad.

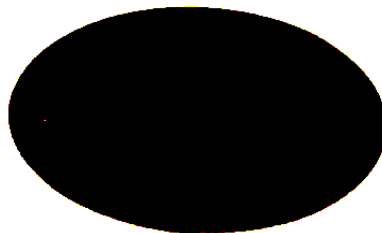
Bajás en la esquina exacta de su casa para hacer las provisiones, convertirte en Papá Noel sin barba pero con bolsa llena de comida y demostrarle. El maestro te agradecerá sonriente tu inalterable amistad y harás volar dentro de ese cuarto miserable los billetes en una especie de ataque de locura y entonces;

es tuyo

no me pertenece

es tuyo

y el de la pata rota se levanta con cierta dificultad pero sereno pasará a tu lado desconocido para poner el churrasco sobre la plancha mientras lo observás con estupor y recogés los billetes que quedaron por el suelo.



*Rodolfo Privitera*

138

Se quedó en un rincón del boliche hasta caer la noche y ninguno de los que estaban por allí se atrevió a mirarlo de firme por la traza de vagabundo. A la hora de cerrar movió la cabeza hacia el dueño que lo miraba, y por debajo del saco acarició instintivamente el treinta y ocho largo ajustado al cinturón y el caño, a la altura de la ingle, nunca entibiado por el calor del cuerpo, en cada movimiento hacía su acto de presencia. No notó ninguna señal o sorpresa en la cara aventajada y decidió salir a la calle, pasearse por el pueblo, recorrerlo en esa noche definitiva, detenerse frente a algún escaparate: muñecos baratos o juguetes de hojalata que denunciaban demasiado tiempo en el lugar. Iba de una vereda a otra y viéndolo desde lejos era un borracho que hacía pronunciadas eses. Alguien, después reconstruyó su paseo, la meticulosidad de un ciego en cada puerta o casa con balcones, los lentes ahumados sobre los ojos y la impavidez total frente a un grupo de muchachos o parejas que lo encontraban. Una especie de sordo que gesticula para ponerse de acuerdo en la soledad del diálogo consigo mismo y continuaba, insistía como para una venganza perfectamente estudiada.

Es probable que algún recuerdo familiar lo haya detenido en medio de la escalera, túnel azul hacia el primer rellano, donde los ojos, los mismos de aquella primera vez pero sin sorpresa contemplaban su vacilación, el toque de la pared demasiado lisa de tanta pintura y el retorno al principio, a contar con una voz apenas perceptible y descubrir los diez y nueve escalones que sin duda recordó, y puso de manifiesto frente a la señora con unas muceas bastantes torpes de satisfacción.

Sin embargo ella desconoció el sobresalto, una fugaz imagen de la noche aquella olvidada para muchos, en que la sangre manchó su casa, la tranquilidad de su casa y del pueblo. Despejó el pensamiento por lo absurdo y le entregó la llave de la misma pieza con balcón a la calle y después del pago lo abandonó con su maleta. Se escucharon sus pasos durante un largo rato y después sobre la cama pudieron ver los más audaces restos de galletitas, y un cuaderno en blanco que decía apuntes con una flecha en la primera página, otra con seis meses de diferencia en la última y un signo de interrogación cerrado.

Un policía reconstruyó la escena definitiva acercándose al espejo, extraer el revólver y comprobar la carga, apoyar el caño en la sien derecha y disparar.